
LA INVESTIGACIÓN SOBRE COMUNICACIÓN EN TIEMPOS NEOLIBERALES (NUEVOS RETOS Y POSIBILIDADES)*

Enrique E. Sánchez Ruiz**

Suena ya a lugar común eso de los “tiempos neoliberales”, así como otras expresiones un tanto de moda y aplicadas en forma muy libre y ambigua, al igual que el término “posmoderno”. Pero no tenemos duda: premodernos, modernos o en vías de modernización, posmodernos o en “vías de posmodernización”, nuestros países sufren los embates de una ola ideológica, política y económica “neoliberal”. Esta ideología dominante, en apariencia con voz de triunfo en el fin del milenio, se basa de manera fundamental en tres mitos. Uno: la libertad individual a ultranza debe prevalecer por sobre los intereses sociales. Otro mito: “el mercado” es un ser superior, casi divino, que dejado a sus fuerzas libres, siguiendo las leyes universales y eternas de la oferta y la demanda, llevará algún día, en algún momento, al sacrosanto equilibrio entre precios y cantidades (de mercancías y servicios, ofrecidos y demandados), es decir, al estadio superior de la humanidad, caracterizado por el “pleno empleo”. El mercado está constituido fundamentalmente por *individuos*, que se pre-

* Ponencia presentada en el Séptimo Encuentro Latinoamericano de Facultades de Comunicación Social. FELAFACS, Séptimo Encuentro Nacional CONEICC, “Comunicación, Identidad e Integración Latinoamericana”, realizado del 26 al 30 de octubre de 1992 en Acapulco, Guerrero, México.

** Investigador y director del Centro de Estudios de la Información y la Comunicación, Universidad de Guadalajara. Presidente de la Asociación Latinoamericana de Investigadores de la Comunicación (ALAIIC).

suponen todos y cada uno interactuando entre sí *racionalmente*, en persecución del logro de sus propios intereses, en forma de “útiles” (*utilities*), todos bastante bien informados acerca de los precios y las cantidades que se “ofertan” y demandan, tanto de mercancías como de servicios. Todos y cada uno son *libres* de adquirir o contratar racionalmente, dado que están *bien informados*, cualquier bien o servicio que convenga a sus intereses. El mito del mercado se aplica metafóricamente al ámbito de las ideas, en particular las de índole política, de tal forma que el “mercado libre de las ideas” resultará garante también de la democracia.

Un tercer mito, asociado y resultante de la confluencia lógica de los anteriores: el Estado es un estorbo, tanto para que el individuo ejerza su libertad irrestricta, como para que el mercado cumpla su alto cometido de —eventualmente, en algún tiempo y lugar— lograr la felicidad y el bienestar de todos y *cada uno* (el énfasis está en *cada uno*) de los individuos libres que velando por sus propios intereses, interactúan en la sociedad.

Hay una serie de constataciones históricas para los ideólogos del neoliberalismo, que tuvieron su culminación simbólica con la caída del muro de Berlín. El “ogro filantrópico” del socialismo —“real”— se comió a sí mismo. El Estado, para los ideólogos del neoliberalismo, ya probó en la ex-Unión Soviética y en México, en Polonia y en Perú, su inviabilidad como rector de la economía, como guía e instrumento de la colectividad en el camino hacia una sociedad más justa. Para ellos, el individualismo —y por lo tanto el egoísmo—, mostró históricamente estar más cercano a la esencia de la naturaleza humana, por sobre cualquier “ismo” que signifique el grupo, la clase, la comunidad, la colectividad, o la sociedad. La ley de la selva prevalece, porque la razón está siempre del lado del poder. Y el poder finalmente lo ejercen individuos y *élites* conformadas por individuos. No conocemos todavía una sociedad histórica en la que el poder —en todas sus manifestaciones— esté regularmente repartido y compartido.

Es curioso, que nuestros países de capitalismo periférico —“semiperiférico”— y dependiente, culminen una década como la de los ochenta, de terrible crisis del capitalismo periférico y dependiente, abrazando la ideología dominante neoliberal, del capitalismo. Ante el fracaso del capitalismo, tenemos más capitalismo. Es también muy ex-

traño que los países capitalistas avanzados hayan tenido un decenio de relativa prosperidad, de auge económico, pero *basado en una intensa y extensa intervención del Estado*, como los casos de los gobiernos con enormes déficits fiscales de Reagan y Thatcher, o el de economía de guerra de Bush. Es muy, pero muy curioso, que la expansión japonesa en todo el orbe esté basada en una *activa* participación del Estado en combinación con las grandes corporaciones privadas en la planeación tecnológica y financiera, y en estrategias proteccionistas de su propio mercado interno. El “último grito” de la moda neoliberal, a pesar de su desprecio por el papel del Estado, llama a intervenciones determinantes de éste para regular los flujos monetarios y controlar la inflación, “coco” y mal mayor de la economía para el monetarismo.

En los países del socialismo “real”, el llamado leninista a la “desaparición del Estado” resultó en la presencia ubicua y opresiva del mismo. Sí, de acuerdo, la teoría del Estado leninista se topó con la terquedad de la realidad histórica concreta, *de la misma forma como la utopía neoliberal se topa con básicamente la misma terquedad histórica*. No es el Estado en sí y por sí del que hay que desconfiar, o al que hay que culpar de los males del socialismo y del capitalismo. Lo importante de analizar es el *tipo de intervenciones* que el Estado realice, que favorezcan o no los intereses de determinadas clases y categorías sociales, grupos étnicos, *élites*, individuos. Es decir, la forma de operación específica del aparato estatal es una función de la base social que lleva a la conformación histórica de regímenes concretos. Es una cuestión de si el Estado y los regímenes y gobiernos que lo actualizan, emergen o no de *procesos democráticos y participativos*.

El mercado y sus “leyes”, por otra parte, no parecen llevar a una más justa y equitativa, distribución de la riqueza ni dentro de los países, ni entre los países. El equilibrio, el pleno empleo de factores de la producción y recursos, el bienestar generalizado, se escapan de las “leyes” del mercado. *No existen casos históricos perdurables de “equilibrio” y “pleno empleo”, ni casos de igualación —ni relativa, ni absoluta— estable en el largo plazo, de las remuneraciones a los factores de la producción*. Más bien, parece operar con cierta legalidad la observación marxista de que existe una tendencia en el capitalismo hacia la concentración y la centralización del capital, que se presenta hoy en día en el papel cada vez más predominante de las grandes corporaciones transna-

cionales al nivel de la economía mundial. Estos actores clave del sistema mundial, por otro lado, son los que están configurando la nueva división internacional del trabajo y los procesos de globalización y regionalización, que sin embargo no pueden prescindir del apoyo de gobiernos nacionales, cuando se supone que los Estados nacionales pierden a su vez la centralidad y el significado que hasta hace poco tenían como unidades de poder, así como en tanto unidades de análisis científico social.

Puede usted preguntarse ¿no se iba a hablar sobre investigación de la comunicación? Si, pero en “tiempos neoliberales”. Todas las líneas anteriores no son en absoluto suficientes, para describir en forma adecuada los movimientos históricos más recientes, que dan a la ideología neoliberal una cierta apariencia de “razón” (de “tener la razón”), aunque dentro de sus mismas contradicciones con el propio devenir histórico; pero por lo menos alcanzan a caracterizarla en los rasgos —y contradicciones— que consideramos centrales. Pero al mismo tiempo, los procesos históricos que nos ocurren actualmente, que suceden con nosotros, y que en gran parte niegan los postulados y mitos de la ideología neoliberal, determinan e interactúan, por un lado, con nuestros objetos de estudio: los flujos, procesos y fenómenos de información y comunicación; y por otro lado, con nuestra actividad misma, la de investigadores y trabajadores académicos dentro del campo de la comunicación. Tanto unos como otra surgen en la última década del milenio, en el caso latinoamericano, como productos de una larga crisis no sólo económica, sino también política, ideológica y teórica; inmersos en el entramado de la globalización, del retiro de la acción gubernamental de prácticamente todas las esferas de la vida social; de la entrega de nuestras sociedades a los sectores “privados”, los cuales suelen ser tan débiles que dan paso a los intereses transnacionales, mismos que con la apariencia de perder la nacionalidad, son sin embargo baluartes del control mundial por parte de los países y bloques de países dominantes. En otros trabajos se discute lo relativo a las industrias culturales y los flujos, procesos y políticas de información y comunicación social dentro de nuestra Latinoamérica globalizada y “neoliberalizada”. En lo que sigue, me limitaré a hacer una serie de reflexiones con respecto a la actividad de investigación “científica” de la comunicación, dentro del marco contextual recién descrito.

He afirmado en otro lugar que la actividad de producción de conocimiento no sucede en condiciones aisladas del resto de la sociedad dentro

de la que se desenvuelve. El conocimiento no se autogenera, como el Espíritu hegeliano, autodesarrollándose, así sea en un movimiento dialéctico eterno de negarse a sí mismo para “superarse” en estadios superiores. La producción de conocimiento es *una práctica social*, por lo tanto inmersa en condicionamientos y mediaciones sociales, culturales, económicas, políticas, institucionales, y demás. Es una práctica social que implica para sus actores ser parte de luchas por los recursos, por la legitimidad y la hegemonía, por el reconocimiento y la distinción, etcétera, en muchos frentes y niveles.

La figura 1, presenta en forma muy esquemática y apretada algunas determinaciones mediadoras que intervienen a diversos niveles para que se produzcan, por ejemplo en un cierto país, determinadas prácticas concretas de investigación. Para simplificar el análisis, por el momento abstraeremos los factores externos, que son a veces más determinantes, pero que en todo caso inciden sobre las prácticas concretas de investigación a través de sus conexiones con los factores internos en una formación social dada.

El grado de desarrollo *económico* implica para un país básicamente el que se produzcan excedentes, que puedan fluir y ser distribuidos entre su población. Pero hay formas y criterios diferenciales para *asignar* tales excedentes, en caso de que existan. Las prioridades nacionales para la asignación social de excedentes, son establecidas por grupos decisores que no necesariamente se preocupan por una distribución equitativa de ingresos y riqueza; además de que no todas las demandas sociales tienen peso político y por lo tanto probabilidades de ser atendidas en igualdad de condiciones. Pero además, durante la década pasada es sabido que una gran parte de los excedentes producidos en nuestros países tuvieron que ser exportados para el pago del servicio de la deuda externa, o como ganancias de los no muy abundantes inversionistas extranjeros; y de lo que quedó, se dedicó una pequeña proporción a la educación superior y a la investigación científica. Entonces, además de que nuestros países no se caracterizan precisamente por poseer o producir (y aún menos por distribuir de forma equitativa) grandes riquezas,¹ en comparación con los países altamente industrializados y económicamente “desarrollados”,

1. Por cierto, esto, a pesar de existir grandes riquezas acumuladas en muy pocas manos; pero también a pesar de existir enormes potencialidades para producir riqueza y no solamente material para todos en nuestros países.

sucede que de manera desafortunada para nosotros, entre otras cosas por las representaciones sociales acerca de la ciencia y sus productos que pre/dominan en nuestras naciones, en particular en los centros de decisión gubernamentales y privados, la asignación de recursos para esta actividad es en general bastante escasa. Todo este periodo de crisis significó un retroceso, o por lo menos una desaceleración marcada, en el desarrollo educativo de nuestras naciones, así como en su desarrollo científico y tecnológico. Se calcula que, en los últimos diez años, el salario promedio de un profesor universitario en México perdió entre 50% y 60% de su poder adquisitivo. Sabemos que a nuestros colegas de otros países hermanos les ha ido peor aún. Ante el repliegue de la inversión gubernamental en educación superior y en el apoyo a la investigación científica, especialmente la de ciencias sociales, éstas actividades han tenido que “privatizarse” y “venderse”, en el sentido de que, por ejemplo, los científicos sociales que no emigraron —ya sea a otros países, o a otras actividades—, tuvieron que comenzar, o a buscar financiamientos privados o internacionales, vía fundaciones o empresas, o a tratar de vender servicios de investigación aplicada. El aparato productivo, en nuestros países, apoya muy poco e interactúa de manera escasa con las labores de investigación científica, muy en especial con la de ciencias sociales, que suelen ser fundamentalmente críticas en América Latina. Así, ha resultado que son bastante pocos nuestros colegas que pudieron paliar la crisis de la llamada “década perdida” mediante el recurso a la investigación aplicada, y aún así, muy pocos de estos pocos, a su vez pudieron mantener una productividad científica sostenida.

Voy a tratar de manera breve las determinaciones mediadoras que se originan en la cultura. Sin embargo, creo que estaremos de acuerdo en el hecho de que, debido a los problemas del desarrollo educativo en nuestra Latinoamérica, no contamos en forma generalizada con lo que podríamos en principio denominar una “cultura científica”, por ejemplo equiparable con la que pensamos puede prevalecer en Japón. En general, por otro lado, existen representaciones sociales muy estereotipadas de lo que es el científico y la actividad de investigación. Del científico social, apenas si existe una cierta representación, muy difuminada, en el imaginario social. Del investigador en comunicación, no se encuentra el lugar claro en los campos semánticos predominantes. Una anécdota: siendo investigador de una institución que agrupaba científicos sociales de diversas disciplinas,

y siendo yo el único “comunicólogo”, era muy frustrante que mis colegas nunca o casi nunca me consultaran por problemas metodológicos, o teóricos, sino para asesorarlos en el manejo de una cámara de fotografiar, o para colocar el carrusel del proyector de transparencias, etcétera. Exagero un poco, pero en verdad sentía yo una suerte de incompreensión acerca de la naturaleza de mi objeto de estudio, y de mi profesión como científico social, especializado en cuestiones de medios de comunicación.

FIGURA 1

ALGUNOS FACTORES HISTÓRICO ESTRUCTURALES
QUE DETERMINAN LA INVESTIGACIÓN CIENTÍFICA
EN CIENCIAS SOCIALES

ECONOMÍA POLÍTICA	CULTURA
* Grado de desarrollo económico de la formación social (existencia/flujos/ asignación de excedentes)	*Representaciones sociales generalizadas y hegemónicas sobre la investigación científica (cultura científica pre/dominante)
* Forma de Estado/régimen/gobierno	* Cultura(s) científica(s) de los núcleos decisores (gobierno, sector privado, sector educativo)
+Políticas de desarrollo +Desarrollo educativo (proceso y políticas) +Desarrollo científico y tecnológico (proceso y políticas)	* Cultura(s) científica(s) de la propia comunidad académica
+Formas de interacción del aparato productivo con la educación y la investigación científica +Formas específicas de apoyo e institucionalización de la investigación científica	**Estatus de las ciencias sociales para los diversos sectores <i>Habitus</i> , ideologías profesionales, epistemes, paradigmas, tradiciones de investigación de las ciencias sociales
*Desarrollo institucional de las ciencias sociales	*Avances teóricos de las ciencias sociales
<p>Nivel y formas de organización científica, gremial y política de la(s) comunidad(es) científica(s) Prácticas concretas de investigación</p>	

Analizando las condiciones estructurales dentro de las cuales se produce conocimiento empírico sobre la comunicación en México, Raúl Fuentes y yo llegamos a la conclusión de que nos cubría una “triple marginalidad” estructural, que creo se puede aplicar al resto de Latinoamérica: Un primer nivel de marginalidad es el de la investigación científica en general, dentro del marco de las prioridades del desarrollo en nuestras sociedades, con respecto al flujo de recursos, y en términos de estatus social. A su vez, la investigación en ciencias sociales es percibida socialmente, y dentro de la comunidad científica misma, como *soft*, sospechosa, de segunda, y por lo tanto está en un segundo nivel de marginalidad en los aspectos recién mencionados. La investigación sobre la comunicación, finalmente, es percibida como una especie de “hermanita menor” de las otras disciplinas sociales, inmadura, sin objeto ni métodos ni teorías propias (aclaro: de esta forma es percibida por algunos). Solamente así me explico el por qué el CONACyT, la agencia gubernamental mexicana de apoyo a la investigación científica, me ha aprobado un par de proyectos en los últimos años, para ser financiados *después de que las disciplinas y líneas de investigación prioritarias se hayan apoyado*. Desde luego, a pesar de la “aprobación”, nunca he recibido el financiamiento. Estamos triplemente marginados, pues, y esa es la situación que enfrentamos en este decenio “de la recuperación económica”, después de la gran crisis de los ochenta, que aumentó el grado de marginación en cada uno de los tres niveles. Después de que publicamos mi colega Fuentes y yo el escrito en que describíamos tal situación estructural, se han añadido más niveles de marginalidad. El único que verdaderamente duele es un cuarto nivel, que reside en la incompreensión por parte de los comunicadores profesionales, hacia quienes optamos como profesión el producir conocimiento e información potencialmente útiles. Para muchos comunicadores, quienes estamos insertos en la comunidad académica y científica, lo estamos debido a que aún no hemos encontrado un “buen trabajo”, porque los medios no nos han empleado. Personalmente, creo que, después de alrededor de un cuarto de siglo de escolaridad, y de más de una década de continuar aprendiendo y aplicando teorías, métodos y técnicas de investigación, es decir, después de una ya larga carrera académica y científica, sería un enorme y terrible desperdicio cambiar de profesión y convertirme en periodista, o guionista, o productor de televisión, etcétera, carreras que

respeto profundamente, pero que no son la que escogí, y la cual considero socialmente necesaria y útil. Producir conocimiento en forma sistemática y profesional, no es como decimos los mexicanos “enchilame otra”. Aquí, hay que reconocer que en parte nosotros mismos nos hemos marginado del ámbito de los comunicadores profesionales, en virtud de que asumimos durante los setenta y buena parte de los ochenta, posturas hipercríticas, que nos alejaron del aparato de medios de difusión, todavía más del sector privado que del gubernamental. Pero no obstante la múltiple marginalidad, la larga crisis, la falta de apoyo social, económico, político, moral, etcétera, hemos seguido produciendo, lo que se comprueba con la enorme proliferación de libros, artículos, ponencias, y otras formas de socializar el conocimiento, durante los ochenta.

A pesar de que han aparecido algunos síntomas de “recuperación” económica en algunos países de Latinoamérica, después de esa llamada “década perdida”, las instituciones de educación superior e investigación científica del subcontinente no parecen ver cercana una mejoría material. A los golpes de la larga crisis se suman los embates de la política económica predominante, de corte “neoliberal”, que siguen implicando el alejamiento de los subsidios estatales de todas las esferas sociales, incluidas la educación y la ciencia, en aras de una mayor participación privada y de las “fuerzas del mercado”, para producir tales apoyos. En la actualidad, en América Latina la participación privada en el financiamiento de la investigación científica, no pasa de 10% del total, en los mejores casos como el de México o el de Brasil, según datos de la UNESCO, que a decir verdad suenan muy optimistas. Y nuestros gobiernos siguen titubeando en brindar los apoyos necesarios, puesto que creen que “el mercado” *debe* resolver problemas como ese. La mayor parte de la investigación académica de la comunicación, igual que la de ciencias sociales en general, se realiza en las universidades, ya sean públicas o privadas, que sufren crisis financieras muy fuertes en la actualidad. A pesar de un crecimiento observable en la cantidad de investigaciones y documentos publicados sobre fenómenos y procesos comunicativos en Latinoamérica, y de una también relativa mejoría cualitativa, una mirada honesta y autocrítica encontraría que no hemos avanzado demasiado en términos conceptuales y metodológicos, al ver a nuestras teorías y certidumbres entrar en crisis, junto con la crisis económica que nos azotó, y los embates neoliberales, que nos han empobrecido. Tenemos mucho

trecho por recorrer en la producción del conocimiento útil y potencialmente transformador sobre la comunicación y la sociedad latinoamericanas. Además de que hemos realizado una investigación empobrecida, por efectuarse en circunstancias adversas, la verdad es que hemos sido con frecuencia demasiado autocomplacientes en lo teórico y poco rigurosos en lo metodológico e instrumental. Hemos intentado, sin lograrlo, resolver los grandes dilemas epistemológicos de la comunicación y de las ciencias sociales, descuidando el conocimiento y aplicación de técnicas de investigación, de tal forma que a veces no somos capaces de diseñar, aplicar y analizar una investigación concreta, empírica, ya sea cuantitativa o cualitativa, con precisión y rigor metodológicos y técnicos. Hemos tendido a ser más filósofos, poetas y periodistas, que científicos sociales. Nuestros grandes “rollos” y discursos teóricos y políticos, o nuestras descripciones coyunturales, no han bastado para desentrañar, explicar y comprender satisfactoriamente la realidad comunicativa y social latinoamericana. Las grandes pero escasas excepciones, confirman la regla.

Las condiciones adversas han cortado de raíz las esperanzas de muchos aspirantes a investigador y profesor universitario, que han ido a realizar actividades mucho mejor remuneradas y reconocidas socialmente, aún a nivel de principiantes. La búsqueda de “rentabilidad” y de fuentes de “recursos propios” a que orillan a nuestras universidades las políticas neoliberales de nuestros gobiernos, está llevando a que las instituciones de educación superior comiencen a impulsar en sus centros de investigación y facultades el que se realicen indagaciones aplicadas, por encargo de organismos privados o públicos, al estilo norteamericano. Un problema actual de nuestras universidades, tanto públicas como privadas, es que en general no cuentan con los recursos, ni la organización, ni el manejo adecuado de métodos y técnicas, que en todo caso puedan garantizar productos investigativos válidos y confiables, verdaderamente útiles. Por otra parte, es obvio —para mí— que no es en la universidad donde se deben establecer las agencias de investigación de mercados, de *rating*, de opinión pública, etcétera. Podemos intentar obtener algunos recursos extra, realizando algunas investigaciones pagadas, pero sin que se nos obligue a convertirnos de científicos sociales en mercadólogos; en ese caso, mejor integrarse al sector privado y dejar el claustro académico.

Queremos seguir siendo críticos. Creo que debemos seguir siendo críticos, como también debemos seguir deseando —y tratando de— ser

socialmente útiles. La tensión esencial de las ciencias sociales radica en que tenemos —o debemos tener— un compromiso con el rigor científico y con la verdad, al mismo tiempo que tenemos —o debemos tener— un compromiso con el cambio social hacia la libertad, la equidad y la justicia sociales. La nueva situación que enfrentamos, nos confronta con la necesidad de nuevas definiciones de la actividad investigativa, menos maniqueas y radicales en el extremo, sin perder el espíritu crítico y en última instancia utópico. Queremos, debemos y podemos servir a la colectividad, en particular las enormes masas marginadas de nuestros países, en nuestra labor de producción de conocimiento, pero, ¡oh desgracia!, debemos comer nosotros, alimentar y educar familia, etcétera, reproducir, en suma, nuestra vida material inmediata. El enorme dilema ético a que nos enfrenta el embate neoliberal consiste en que nos orilla a “vendernos” al mejor postor, mientras que nosotros no queremos vender nuestra alma, nuestros ideales y compromisos científicos, morales e ideológicos. He ahí los nuevos retos, pero también las posibilidades que nos pone enfrente la crisis de certidumbres, de paradigmas y de financiamientos. Solamente una postura más plural y tolerante, más autocrítica, pero también más realista, nos puede llevar a que el conocimiento que sigamos produciendo los investigadores de la comunicación sea útil en lo inmediato, productivo en lo científico, y productor a su vez de alternativas a este principio de realidad que hace que nuestros países continúen siendo tan profundamente injustos y desiguales.